



HYEONSEO LEE

David John

LA CHICA

DE LOS SIETE

LA HISTORIA DE UNA HUIDA DE COREA DEL NORTE

NOMBRES

PENÍNSULA **HUELLAS**

La chica de los siete nombres

Hyeonseo Lee

David John

La historia de una huida
de Corea del Norte

Traducción de Isabel Margelí

ediciones península

Título original: *The Girl with Seven Names*

© Hyeonseo Lee, 2015

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency
en nombre de Asia Literary Agency

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2015

© de la traducción del inglés: Isabel Margelí Bailo, 2015

© de los mapas: John Gilkes

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015

Ediciones Península,
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

ÀTONA VICTOR IGUAL · fotocomposició

ROMANYÀ-VALLS · impresió

DEPÓSITO LEGAL: B-16.232-2015

ISBN: 978-84-9942-437-8

ÍNDICE

Mapas	11
Nota de la autora	13
Introducción	15
Prólogo	19

PRIMERA PARTE: LA MAYOR NACIÓN DE LA TIERRA

1. Un tren a través de las montañas	23
2. La ciudad del fin del mundo	32
3. Paredes con ojos	38
4. La dama de negro	44
5. El hombre bajo el puente	51
6. Los zapatos rojos	55
7. La ciudad del <i>boom</i>	65
8. La fotografía secreta	71
9. Los buenos comunistas	75
10. <i>Isla rocosa</i>	83
11. «La casa maldita»	86
12. Tragedia en el puente	91
13. Rayos de sol en agua oscura	96
14. «El gran corazón ha dejado de latir»	102
15. La novia de un pandillero	106
16. «Cuando leas esto, ninguno de los cinco existirá ya en este mundo»	111
17. Las luces de Changbai	122
18. Sobre el hielo	127

SEGUNDA PARTE: HACIA EL CORAZÓN DEL DRAGÓN

19. La visita al señor Ahn	135
20. Crudas verdades	139
21. El pretendiente	146
22. La boda trampa	153
23. Una chica de Shenyang	160
24. La culpa	166
25. Los hombres del Sur	172
26. El interrogatorio	177
27. El plan	183
28. La banda	187
29. El bálsamo de la luz de luna	192
30. La ciudad más grande e insolente de Asia	198
31. Mujer de carrera	204
32. Conexión con Hyesan	211
33. Conversaciones con un osito	219
34. El tormento de Min-ho	224
35. La llama del amor	230
36. Destino: Seúl	237

TERCERA PARTE: VIAJE A LA OSCURIDAD

37. «Bienvenida a Corea»	245
38. Las mujeres	251
39. «Casa de unidad»	258
40. Aprendiendo a la carrera	263
41. Esperando a 2012	273
42. Un lugar de fantasmas y de perros salvajes	278
43. Un dilema imposible	283
44. Viaje al interior de la noche	293
45. Bajo un amplio cielo asiático	299
46. Perdida en Laos	309
47. Lo que haga falta	314

ÍNDICE

48. La amabilidad de los desconocidos	320
49. Diplomacia exprés	329
50. Larga espera para la libertad	337
51. Pequeños milagros	340
52. «Estoy preparada para morir»	345
53. La belleza de una mente libre	351
Epílogo	359
Agradecimientos	361
Índice de nombres	363

PRIMERA PARTE

LA MAYOR NACIÓN DE LA TIERRA

UN TREN A TRAVÉS DE LAS MONTAÑAS

Una mañana de finales de verano de 1977, una muchacha se despidió de sus padres en el andén de la estación de Hyesan y se subió al tren que iba a Pionyang, pues había obtenido permiso oficial para ir allí a visitar a su hermano. Los nervios no le habían permitido dormir demasiado: en su cabeza, la capital de la Revolución era un lugar mítico y futurista. Viajar allí no era poca cosa.

El aire todavía era fresco y olía a madera recién cortada de la cercana trituradora; la humedad aún no era demasiado intensa. Su asiento estaba junto a la ventanilla. El tren se puso en marcha, crujiendo despacio rumbo al sur por la vieja vía de Hyesan, a través de unas montañas empinadas cubiertas de pinos y por encima de sombríos barrancos. De vez en cuando, se distinguía un río de agua blanca allá abajo. Pero a medida que avanzaba, la muchacha encontró otras distracciones además de las vistas.

El vagón iba lleno de jóvenes militares que volvían a la capital muy animados. Al principio le resultaron molestos, pero pronto se descubrió sonriendo ante sus bromas, como los demás pasajeros. Los oficiales invitaron a todos los ocupantes del vagón a unirse a sus juegos de palabras y de dados, para pasar el rato. Cuando la muchacha perdió una mano, le pidieron como prenda que cantara.

El vagón guardó silencio. Ella bajó la vista al suelo, hizo acopio de coraje y se puso en pie, agarrándose a la rejilla portaequipajes para sostenerse. Tenía veintidós años. Se había recogido el reluciente cabello negro para el viaje y llevaba un vestido de algodón blanco con estampado de florecillas rojas. Cantó una tonada de una popular película norcoreana de aquel año, titulada *Historia de*

un general, y lo hizo bien, con notas agudas y dulces. Al terminar, todo el vagón estalló en una salva de aplausos.

Se volvió a sentar. Una abuela iba en el asiento del pasillo, con su nieta sentada entre ellas dos. De repente, un joven oficial con uniforme gris y azul se plantó ante ellas. Con mucha educación, se le presentó a la abuela, cogió a la niña, se sentó al lado de la chica y se puso a la cría en el regazo.

—¿Cómo te llamas? —fue lo primero que dijo.

Así se conocieron mi madre y mi padre.

Parecía muy seguro de sí mismo, y hablaba con un acento de Pionyang que hizo que mi madre se sintiera inculta y vulgar con su cadencia norteña de Hyesan. Pero él la tranquilizó enseñuida: también era originario de Hyesan, le explicó, aunque llevaba tantos años en Pionyang que debía reconocer, avergonzado, que había perdido todo su acento. Ella mantenía la vista baja, pero de vez en cuando le lanzaba veloces miradas. No era guapo en el sentido convencional: tenía gruesas cejas y unos pómulos fuertes y prominentes, pero a ella le llamaron la atención su porte marcial y su seguridad en sí mismo.

Le dijo que su vestido le parecía bonito y ella le sonrió con timidez; le gustaba vestir bien porque así creía compensar su aspecto sencillo y corriente. De hecho, era más bonita de lo que ella creía. El largo trayecto pasó con rapidez. Mientras hablaban, notó que él la miraba repetidamente con una sinceridad que nunca había visto en un hombre... y que le hizo subir los colores a la cara.

Él le preguntó por su edad y luego le dijo, con gran formalidad:

—¿Le parecería aceptable que le escribiera una carta?

Ella contestó que sí y le dio su dirección.

Más tarde, poco recordaría mi madre de su visita a su hermano en Pionyang, pues tenía la cabeza llena de imágenes del oficial del tren, y de la luz moteada del vagón por el sol que brillaba entre los pinos de las montañas.

No llegó ninguna carta. A medida que pasaban las semanas, mi madre intentó quitárselo de la cabeza, creyendo que tendría alguna novia en Pionyang. Al cabo de tres meses, ya había superado su decepción y dejado de pensar en él.

Una tarde, seis meses después, la familia se encontraba en casa, en Hyesan. Estaban a varios grados bajo cero, pero el cielo llevaba semanas despejado, por lo que fueron un otoño y un invierno preciosos. Estaban terminando de cenar cuando oyeron el repicar de unas botas con punta de acero acercándose a la casa, seguido de una firme llamada a la puerta. Todos se miraron con expresión de alarma: no esperaban a nadie a esas horas. Fue a abrir una hermana de mi madre, pero volvió para llamarla a ella:

—Tienes visita.

Puesto que la ciudad se había quedado sin electricidad, mi madre acudió sosteniendo una vela. En el umbral se encontraba mi padre, con su gabán de militar y la gorra debajo del brazo. Estaba temblando. Se inclinó y pidió disculpas, ya que, le explicó, había estado de ejercicios militares, donde no le permitían escribir. Sonrió con dulzura y hasta con ciertos nervios. A su espalda, las estrellas descendían hasta las montañas.

Ella le invitó a entrar para calentarse. Su noviazgo comenzó aquella noche.

Los siguientes doce meses fueron como un sueño para mi madre, que nunca antes había estado enamorada. Mi padre aún estaba destinado cerca de Pionyang, por lo que se escribían cada semana y acordaban citas. Ella le visitaba en su base militar y él tomaba el tren para ir a verla a Hyesan, donde le pudo conocer la familia de mi madre. Las semanas entre dos encuentros las pasaba soñando despierta con sus dulces planes.

En cierta ocasión me contó que, durante aquel tiempo, adquirió una especie de esplendor y de magia. Quienes la rodeaban parecían compartir su optimismo, y puede que no fueran imaginaciones suyas: aunque la Guerra Fría estaba en su apogeo, Corea del Norte disfrutaba de su mejor época. Varios años seguidos de buenas cosechas se tradujeron en abundancia de alimentos. El

sector industrial era moderno en comparación con el resto del mundo comunista. Corea del Sur, nuestro enemigo mortal, estaba sumido en el caos político, y los odiados yanquis acababan de perder una guerra durísima contra las fuerzas comunistas de Vietnam. El mundo capitalista parecía estar en declive. El país entero tenía la seguridad de que la historia estaba de nuestro lado.

Cuando llegó la primavera y la nieve empezó a fundirse en las montañas, mi padre fue hasta Hyesan para pedirle a mi madre que se casara con él. Ella aceptó con lágrimas en los ojos, pues su felicidad era completa. Y, para colmo, tanto su familia como la de él tenían un buen *songbun*, lo que aseguraba su posición en la sociedad.

El *songbun* es el sistema de castas que impera en Corea del Norte. Cada familia se clasifica como leal, vacilante u hostil en función de qué hiciera la familia del padre justo antes, durante y después de la fundación del Estado en 1948. Si tu abuelo descendía de obreros y campesinos y luchó en el bando correcto en la Guerra de Corea, tu familia se clasificaba como leal. En cambio, si entre tus ancestros se contaban terratenientes o bien oficiales que trabajaron para los japoneses durante la ocupación colonial, o cualquiera que huyera a Corea del Sur durante la Guerra de Corea, tu familia se calificaba como hostil. Dentro de estas tres amplias categorías existen 51 niveles, que van desde la familia gobernante, los Kim, hasta los prisioneros políticos sin esperanza de liberación. Lo irónico fue que el nuevo Estado comunista creara una jerarquía social elaborada y estratificada como no se había visto nunca en tiempos de los emperadores feudales. Las personas de la clase hostil, que sumaba cerca del 40% de la población, aprendían a no tener sueños. Eran asignadas a granjas y minas y trabajos manuales. Las personas de la clase vacilante podían llegar a oficiales de bajo rango, maestros o grados militares apartados de los centros de poder. Solo la clase leal podía vivir en Pionyang, tenía la oportunidad de unirse al Partido Obrero y era libre de elegir una carrera. A nadie se le indicaba nunca su posición en el sistema *songbun*, pero la mayoría lo sabía por intuición, del mismo modo que, en un rebaño de 51 ovejas, cada una sabrá

exactamente qué individuo le precede y cuál le sigue en la escala jerárquica. La perversa agudeza de este sistema es que resulta muy fácil caer, pero casi imposible ascender, ni siquiera mediante el matrimonio, salvo en el caso de alguna indulgencia especial por parte del Gran Líder en persona. La élite, que constituye el 10 o el 15% de la población, ha de procurar no cometer nunca ningún error.

En la época en que mis padres se conocieron, el *songbun* de una familia era de extrema importancia, pues determinaba la vida de una persona y las de sus hijos. La familia de mi madre poseía un *songbun* excepcional, ya que mi abuelo destacó por sus acciones durante la Segunda Guerra Mundial: se convirtió en un héroe al infiltrarse en la policía imperial japonesa cuando Corea era una colonia de Japón, y al pasar información a los partisanos comunistas locales que estaban en los montes y liberar a algunos de ellos de celdas policiales. Después de la guerra, fue condecorado y se ganó la admiración de su comunidad. Conservaba una vieja fotografía de sí mismo con uniforme de la policía japonesa y escribió un manuscrito contando la historia; sin embargo, al morir él, mi abuela lo quemó todo por si algún día se malinterpretaba su relato y la familia caía en desgracia.

Mi abuela se volvió una comunista ferviente cuando iba a la universidad. Estudió en Japón en los años cuarenta y, cuando regresó a Corea, lo hizo como parte de una pequeña élite intelectual que traía consigo las cultas y refinadas maneras tan poco habituales entre los coreanos de la época, cuando la mayoría de la gente no tenía ni estudios elementales. Se unió al Partido con solo diecinueve años. Tras casarse, mi abuelo se trasladó a vivir a la ciudad natal de ella, Hyesan, en vez de llevársela a su provincia como se acostumbraba a hacer, y llegó a formar parte del Gobierno local. En otoño de 1950, cuando las tropas norteamericanas entraron en la ciudad en el primer año de la Guerra de Corea, huyó a la profundidad de las montañas para evitar ser capturado. Los estadounidenses registraban casa por casa en busca de miembros del Partido. Mi abuela, que por entonces llevaba en su vientre a una

de las ocho criaturas que iba a tener, ocultó sus carnés de afiliados entre los ladrillos del interior del conducto de la chimenea.

—De haberlos encontrado, nos habrían fusilado —me contó.

Mantener los carnés a salvo le valió a la familia su elevado *songbun*. Quienes los destruyeron al acercarse los estadounidenses, caerían luego bajo sospecha; algunos sufrieron violentas purgas y acabaron en el gulag. Mi abuela llevó el carné del Partido colgado del cuello con una cadena durante el resto de su vida, escondido debajo de la ropa.

Tras doce meses de noviazgo, mis padres deberían haberse casado, pero no ocurrió así. El problema: la madre de mi madre, que se negaba a dar su consentimiento. A mi abuela no la impresionaba el prometedor futuro del pretendiente, ni su carrera en el ejército del aire. Creía que mi madre podía aspirar a algo mejor, casarse con un hombre que le proporcionara una vida más acomodada. Pese a su educación en Japón y a sus progresistas credenciales comunistas, mi abuela pertenecía a una generación que consideraba el amor como un factor secundario a la hora de convenir un matrimonio adecuado. Lo primero era la seguridad económica; si había suerte, la pareja ya se enamoraría una vez casada. En esta cuestión, mi madre no podía contradecir su voluntad, pues enfrentarse a los propios progenitores era algo impensable. Así es como el dichoso año de mi madre empezó a tornarse una pesadilla.

Gracias a sus contactos, mi abuela conocía a una glamurosa mujer que había hecho carrera como actriz en la floreciente industria cinematográfica de Pionyang. Su hermano era funcionario de la Empresa de Comercio Nacional, en la capital, y se dispuso una cita entre él y mi madre. Esta no podía creer lo que le estaba ocurriendo: aquel funcionario no le interesaba en lo más mínimo, por agradable que fuera. Estaba enamorada de mi padre. Pero, antes de darse cuenta, ya le habían concertado el matrimonio.

Mi madre sufrió una crisis nerviosa que la llevó a pasarse semanas llorando y sin dormir, al borde de la desesperación. La obligaron a romper toda relación con mi padre y, cuando le escribí para comunicarle la noticia, él contestó poca cosa; mi madre supo que le había roto el corazón.

Se casó con el funcionario de Pionyang un día frío y claro de primavera, en 1979. Fue un enlace tradicional, en el que ella vistió un *chima jeogori* (vestido nacional coreano) de seda roja, con intrincados bordados: una falda larga y muy alta, con una chaqueta corta encima. El novio iba más formal, con un traje de estilo occidental. A continuación se fotografiaron, según la costumbre, a los pies de la gran estatua de bronce de Kim Il-sung en la colina Mansu; de este modo se demostraba que, por mucho que se amara la pareja, su amor por el Gran Líder era mayor. No sonreía nadie.

A mí me concibieron durante la luna de miel; nací en Hyesan en enero de 1980 y me pusieron el nombre de Kim Ji-hae. Al parecer, el futuro de mi madre estaba sellado, igual que el mío. Sin embargo, el amor había trazado su propio rumbo, que nada tenía que ver con los escrupulosos planes de mi abuela, como el arroyo que se abre camino hasta el mar.

Mi madre nació y creció en Hyesan, capital de la provincia de Ryanggang, al nordeste del país, una región montañosa de píceas, alerces y pinos. Hay poca tierra cultivable y la vida allí puede ser ardua. En el folclore coreano, las gentes de Hyesan son firmes y obstinadas: unos supervivientes. Dice un proverbio que si los dejas en medio del océano, se las arreglarán para llegar a tierra; como todos los dichos, no es más que una caricatura, pero habla de unos rasgos que reconozco claramente en mi madre. Con el tiempo, Min-ho y yo presentaríamos características similares, sobre todo en lo de ser obstinados.

Mi madre, incapaz de vivir con el funcionario, mi padre biológico, lo dejó justo después de que yo naciera. En el cálculo de

edad coreano, la criatura tiene un año al comienzo de su primer año de vida, y no, como en la mayoría de países, al final del mismo. Así que yo tenía un año de edad.

Poco después, vino el divorcio, con lo que le tocó a mi abuela pasarse las noches en vela. Una hija divorciada ya era vergüenza suficiente, pero si además cargaba con una niña, las posibilidades de un matrimonio adecuado con otra persona eran casi inexistentes. De modo que mi abuela insistió en darme en adopción.

Un tío materno mío logró encontrar a una joven y bien posicionada pareja de Pionyang que deseaba adoptar, y que realizó un largo viaje hasta Hyesan para conocerme y llevarme consigo; traían una caja llena de juguetes y ropa de buena calidad.

Pero entonces sucedió una escena terrible: mi madre, con lágrimas en los ojos, se negó a entregarme; no permitiría que mi abuela me arrancara de sus brazos. Yo me puse a dar fuertes berridos, mientras la pareja de Pionyang observaba, atónita, cómo mi abuela descargaba su furia contra mi madre, antes de acobardarse y ponerse a suplicar. La pareja no tardó en enfadarse a su vez y acusar a mi familia de haberles engañado.

Poco después, mi madre se desplazó a la base militar de mi padre, el oficial. En un emotivo encuentro, este la aceptó enseguida y, sin dudarle, me aceptó a mí también como hija.

Estaban tan enamorados que mi abuela admitió la derrota y, desde aquel momento, cambió de opinión respecto a mi padre, un hombre con un aura de autoridad que impactaba a todo aquel que le conocía, aunque también era amable y bueno: jamás tocó el alcohol ni perdió los estribos. A pesar de todo, la fortaleza de lo que mis padres sentían el uno por el otro no dejaba de preocupar a mi abuela, quien les advirtió que, si una pareja se ama demasiado, se condensa en un periodo demasiado breve todo el afecto que debía durar una vida entera, y uno de ellos morirá joven.

Finalmente, mi madre y mi padre pudieron casarse... aunque entonces se enfrentaban a una nueva dificultad: en esta ocasión, los

padres de él, que se opondrían fervientemente al enlace si averiguaban que la novia ya había tenido una hija con otro hombre. De modo que mis padres trataron de mantener mi existencia en secreto, cosa nada fácil en una ciudad como Hyesan, donde todo el mundo se conoce. En efecto, se corrió la voz y, días antes de la boda, mis abuelos se enteraron de que yo existía y retiraron su consentimiento. Mi padre les suplicó con pasión, incapaz de soportar que su matrimonio con mi madre se viera frustrado por segunda vez.

Así pues, con grandes reticencias, mis abuelos accedieron, aunque con una condición: que me cambiaran el nombre como símbolo de mi entrada en una nueva familia. En Corea del Norte, como en otras partes, no era raro que una criatura cambiara de apellido si la madre se casaba de nuevo; lo raro era que cambiara también de nombre de pila. Mi madre no tuvo elección, así que, a los cuatro años, cambié de identidad justo después de que mis padres se casaran: pasé a llamarme Park Min-young.

El enlace se celebró con discreción en Hyesan, en esta ocasión sin el elaborado *chima jeogori*: mi madre se puso un elegante traje chaqueta, y mi padre, su uniforme. Los padres del novio no se esforzaron demasiado en poner buena cara a la familia de la novia.

Yo era demasiado pequeña para darme cuenta de estas tensiones. Tampoco era consciente de la realidad de mi procedencia, un secreto que no descubriría hasta varios años después, cuando estaba en primaria. Y aún hay una parte de mí que desearía no haberlo descubierto nunca: en su momento, fue una revelación de consecuencias devastadoras para mí, y para el hombre bueno y cariñoso al que hasta entonces había considerado mi padre.

LA CIUDAD DEL FIN DEL MUNDO

Los primeros cuatro años de mi vida, crecí en una extensa familia de tíos y tías en la provincia de Ryanggang. Pese a la vida nómada que me esperaba tras la boda de mis padres, que nos llevó a seguir la carrera de mi padre por distintas ciudades y bases militares del país, aquellos primeros años moldearon mi intenso vínculo emocional con Hyesan, que ha permanecido toda mi vida.

La provincia de Ryanggang es la zona más elevada de Corea. En verano, las montañas están espectaculares, y en invierno se cubren de nieve y hace un frío extremo. Durante el periodo colonial (1910-1945), los japoneses trajeron el ferrocarril y los aserraderos. Había días en que el aire olía por todas partes a pino recién talado. La provincia alberga tanto los sagrados enclaves revolucionarios en torno a la cumbre más alta del país, el monte Paektu, como, al contrario, la mísera región penal del condado de Bae-kam, donde familias que se las tienen que ver con el régimen son confinadas a un exilio interno.

Cuando yo era niña, Hyesan era un lugar fascinante en el que crecer. No por ser muy animado, ya que ningún punto del país destacaba por su actividad teatral, restaurantes o subculturas modernas. El atractivo de la ciudad radicaba en su proximidad al angosto río Yalu, antigua frontera de Corea con China: en un país cerrado como Corea del Norte, Hyesan parecía una ciudad del fin del mundo. Para sus habitantes, era el umbral por el que entraban toda clase de artículos maravillosos de fabricación extranjera, ya fuesen legales, ilegales o extremadamente ilegales. Esto daba lugar a un vibrante hervidero de comercio y contrabando, el cual

proporcionaba grandes ventajas y ganancias a los lugareños, como la oportunidad nada desdeñable de establecer lucrativas asociaciones con comerciantes chinos de la otra orilla del río y así obtener moneda fuerte. En ciertos momentos podía parecer un lugar casi sin ley, en que la mano de hierro del Gobierno no resultaba tan férrea. Esto era debido a que casi todo el mundo, desde el dirigente municipal del Partido hasta el guardia fronterizo de menor graduación, quería su porción del pastel. Aun así, de vez en cuando se tomaban desde Pionyang enérgicas medidas, que podían ser brutales.

Así pues, la gente de Hyesan suele tener una mentalidad más negociante y estar más acomodada que el resto de los norcoreanos. Los adultos me decían que éramos afortunados de vivir allí: era el mejor lugar de todo el país después de Pionyang, según ellos.

Mi primer recuerdo es de Hyesan, y a punto estuvo de ser el último.

Curiosamente, recuerdo el vestido que llevaba puesto: era bonito, de color azul cielo. Después de vagar yo sola por el terraplén de hierba que quedaba detrás de nuestra casa, me senté en un travesaño de madera a recoger piedras en mi regazo, por lo que me ensucié el vestido y las manos. De pronto oí un ruido tan fuerte que hendió el aire y rebotó en las montañas. Al darme la vuelta, vi una mole amplia y negra, del tamaño de un edificio, que avanzaba por la curva del sendero entre los pinos. Iba directa hacia mí y yo no sabía qué era.

Conservo una serie de imágenes confusas: unos violentos focos, metal que chirriaba, un intenso olor a quemado... Voces que gritaban y bocinas que retumbaban.

La mole negra estaba frente a mí, la tenía encima y me cubría. El ruido y el olor a quemado eran tremendos.

Más tarde, el conductor del tren le contó a mi madre que me había divisado en la curva, a una distancia como de un kilómetro, demasiado corta para frenar sin tocarme. Casi le dio un ataque,

dijo. Yo salí a rastras de debajo del cuarto vagón y, no sé por qué, me estaba riendo. Se había congregado muchísima gente en el terraplén, mi madre entre ellos.

Me cogió de los brazos y me chilló:

—¿Cuántas veces te lo he dicho, Min-young? ¡No bajes aquí nunca!

Luego me pegó a su cintura y se echó a llorar descontroladamente. Una mujer se acercó entre la multitud y le dijo que aquello era un buen presagio: sobrevivir a tal accidente siendo tan pequeña significaba que tendría una larga vida. A pesar de su sentido común, mi madre era una persona supersticiosa, y se pasó años repitiendo lo que había dicho esa mujer. Se convirtió en una especie de mito de salvación que he recordado en momentos de peligro.

Mi madre tenía tres hermanas y cuatro hermanos, todos ellos con la característica obstinación de Hyesan, aunque siguieron caminos curiosamente diversos. En un extremo estaba el tío Rico, ejecutivo en una floreciente empresa comercial de Pionyang y con acceso a lujosos artículos occidentales; estábamos muy orgullosos de él. En el extremo opuesto estaba el tío Pobre, cuyo *songbun* había descendido por casarse con una chica de una explotación agrícola colectiva. Era un artista de gran talento y podría haberse contado entre los pocos pintores de los Líderes; sin embargo, se pasó la vida pintando los largos carteles rojos de propaganda que se erigían en los campos, exhortando a los agotados obreros agrícolas a «¡desencadenar la fase transformadora del crecimiento económico!», etcétera. Los demás hermanos eran el tío Cine, que llevaba el cine local, y el tío Opio, traficante de drogas. El tío Opio era un personaje bastante influyente en Hyesan: su elevado *songbun* lo protegía de las investigaciones y la policía del lugar aceptaba sus sobornos de buena gana. Solía sentarme en sus rodillas y contarme fabulosos cuentos de las montañas, de animales y de bestias mitológicas; al acordarme ahora

de esas historias me doy cuenta de que seguramente estaba colocado.

La familia lo era todo para mi madre. Nuestra vida social tenía lugar dentro de la familia; fuera, hizo pocas amistades. En este sentido era como mi padre: ambos eran personas reservadas. Nunca les vi cogerse de la mano ni les sorprendí haciéndose arrumacos en la cocina (los norcoreanos no suelen tener un comportamiento romántico en público). En cambio, siempre estuvo muy claro lo que sentían el uno por el otro. En ocasiones, sentados a la mesa, mi madre le decía a mi padre: «Qué feliz soy de haberte conocido», y él se inclinaba hacia mí y me susurraba, lo bastante alto para que lo oyera también ella: «¿Sabes qué? Si me hubieran traído diez camiones cargados de mujeres para que eligiera a alguna otra, las habría rechazado a todas para quedarme con tu madre». Y permanecieron así de enamorados durante todo su matrimonio. Mi madre se reía y decía: «¡Tu padre tiene las orejas más bonitas del mundo!».

Cuando mi padre se ausentaba por asuntos del ejército, yo me quedaba con mi abuela o con alguna tía mía. La mayor de ellas era la tía Vieja, una mujer solitaria y melancólica de cuyo trágico matrimonio no supe nada hasta años después. La más joven era una generosa mujer a la que llamábamos tía Alta. La más guapa y dotada de las hermanas de mi madre era la tía Bonita, quien de niña quiso ser una patinadora de éxito, pero cuyos sueños truncó mi abuela después de que se cayera y se partiera un diente. La tía Bonita era muy buena para los negocios (talento que mi madre también poseía) e hizo fortuna enviando artículos chinos para vender en Pionyang y en Hamhung. También era una mujer fuerte que, una vez, soportó una apendicectomía a la luz de las velas, porque el hospital carecía de electricidad y de anestesia suficiente.

—Podía oír cómo me cortaban —me explicó.

Yo estaba horrorizada:

—¿No te dolía?

—Sí, claro, pero ¿qué se le va a hacer?

Mi madre era una emprendedora nata, una faceta poco habi-

tual en una mujer con su elevado *songbun*. Muchas de esas mujeres habrían considerado, en las décadas de los ochenta y los noventa, que ganar dinero comerciando era inmoral e indigno de ellas. Pero mi madre era de Hyesan y tenía olfato para los negocios. En los años subsiguientes se le ocurrirían varias iniciativas, modestas pero rentables, que mantendrían a la familia con vida en los peores tiempos imaginables. «Comercio» y «mercado» aún eran palabras feas cuando yo era niña, pero en cuestión de pocos años las mentalidades cambiarían radicalmente, al convertirse en una cuestión de supervivencia.

Conmigo era muy estricta y me supo educar bien. Era muy exigente con todo. Me enseñó que es de mala educación chocar contra personas mayores, hablar demasiado alto y comer demasiado deprisa y con la boca abierta. Supe que era vulgar sentarse con las piernas separadas y aprendí a sentarme en el suelo con las piernas dobladas debajo del cuerpo, al estilo japonés, y con una pose bien erguida. Me enseñó a despedirme de ella y de mi padre por las mañanas con una inclinación completa de noventa grados.

Un día, cuando una amiga mía se pasó por mi casa y me vio hacerlo, me preguntó para qué me inclinaba.

—¿Tú no lo haces? —le pregunté a mi vez, sorprendida.

A mi amiga le entró un ataque de risa y, desde entonces, me tomaban el pelo con burlonas y extravagantes inclinaciones.

Mi madre odiaba el desorden en casa y podía ser obsesiva en este sentido. En público siempre tenía un aspecto inmejorable, nunca se ponía prendas viejas y tenía buen ojo para las tendencias de moda... aunque pocas veces estaba satisfecha con su aspecto. En una sociedad donde se considera hermosas a las mujeres de rostro redondo, ojos grandes y labios con forma de almendra, ella se quejaba de sus ojos entrecerrados y su rostro angular, normalmente haciendo mofa de sí misma: «Cuando estaba embarazada, temía que te parecieras a mí». De ella heredé mi afición por la moda.

Yo esperaba con ganas mi entrada en el parvulario en Hyesan, pero no pudo ser. Una noche de diciembre, mi padre volvió del trabajo sonriendo de oreja a oreja. Afuera nevaba con ganas y llevaba la gorra y el uniforme emblanquecidos. Dio una palmada, pidió té caliente y nos contó que lo acababan de ascender: lo iban a trasladar a Anju, una ciudad cerca de la costa oeste de Corea del Norte, así que nos mudábamos allí.